

Está once días en la cárcel. Para los golpistas resulta muy incómoda esa situación, dado el enorme prestigio nacional e internacional del derrocado presidente, y buscan una fórmula de compromiso.

Rómulo Gallegos es tajante: «Yo sólo puedo estar en el Palacio de Miraflores o en la cárcel».

Optan por sacarle del país y marcha a Cuba. Allí está en la presidencia Prío Socarrás, y existe un enorme clima de agitación y descomposición política y social.

A Rómulo Gallegos le impresiona mucho la desviación gangsteril que ha tomado el movimiento universitario, similar a la de los tiempos de la dictadura de Gerardo Machado (1925-1933).

Esto le va a inspirar su novela «La brizna de paja en el viento», que termina en Nueva York cuando ya ha muerto su esposa, doña Teotiste, a la cual se la dedica, con el dolor que nunca le abandonará:

«A ella, viva y perenne, en la mejor inspiración de mi obra literaria, el último libro que junto a ella comencé a escribir.»

En esta novela, fruto de su nuevo exilio, reitera su fe en los valores éticos. Sus personajes siguen encarnando símbolos e ideas. En el personaje Justo Rigores hace una síntesis del nombre de un estudiante-gángster, Justo Fuentes, y de su afición al símbolo: Rigores.

Justo Rigores tiene el mismo fin en la novela que José Soler Lezama, perteneciente al Directorio Estudiantil, que fue condenado y fusilado por sus camaradas, porque a la caída de Machado se encontraron pruebas de su colaboración con la policía.

También alude en el relato a la muerte del estudiante Rafael Trejo, acaecida en septiembre de 1930, y a la caída de Machado.

Aunque se trata de una novela poco estimada dentro de la producción galleguiana, se dan en ella al máximo casi todas sus constantes: fuerza desorientada, pecado contra el ideal, alma dormida, función redentora de despertar el alma dormida, lucha entre civilización y barbarie, conflicto provocado por el mestizaje.

Al final, en «La brizna de paja en el viento», triunfan la dignidad y la justicia.

Algo de esto ocurre en la propia vida de Rómulo Gallegos.

Homenajes...

Derrocado Pérez Jiménez, en 1958 regresa a Venezuela, donde se le colma de homenajes.

Se le erigen estatuas, se da su nombre a distritos, avenidas y hasta a centrales telefónicas y puentes, se hacen ediciones de sellos en su honor, se le llena de condecoraciones y títulos:

Hijo Ilustre de Caracas, Hijo Predilecto de Valencia, Hijo Adoptivo del Estado de Apurè.

Recibe el Premio Nacional de Literatura 1958; es propuesto dos veces para el Nobel; se le hace Doctor «Honoris Causa» por la Universidad Central de Venezuela y universidades de Mérida, Zulia, Carabobo y Oriente, doctorados que une a los de Morelia, Unam, Costa Rica y Columbia, aunque a éste había renunciado en 1955 por

no quererlo compartir con Castillo Armas, ejecutor del derrocamiento del presidente de Guatemala Jacobo Arbenz.

Su categoría de luchador por la libertad es reconocida al ser nombrado presidente de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, en 1960.

En 1961 recibe el título de senador vitalicio.

En 1964 se crea el Premio Internacional de Literatura que lleva su nombre.

...ataques y menosprecio

Mas, no todo fue reconocimiento y triunfo. Cuando ya estaba muy afectado por la arterioesclerosis, sufrió muchos ataques y menosprecios de su obra literaria, corriente denigradora que continuó después de su muerte, hecho que acaeció el 5 de abril de 1969.

Algo tuvo que ver en el «ninguneo» la inflación interesada de su nombre que llevaron a cabo los «adecos» —del Partido Acción Democrática—. Intenciones partidistas y la natural oposición generacional de los escritores jóvenes, lanzaron un virulento criticismo contra su obra.

Entre otras cosas, se le ha acusado de defender valores burgueses —legalidad, propiedad—, hoy considerados como «reformistas» por las soluciones revolucionarias.

A ninguna de estas soluciones se le ocurre hoy día, como meta revolucionaria, contraponer civilización contra barbarie. Este postulado haría morir de risa o encolerizar como cosa reaccionaria a cualquier militante de base medianamente concienciado.

Sin embargo, en su momento —mírese la Venezuela en la que vive Rómulo Gallegos—, esos valores significaban, indudablemente, justicia, redención y progreso. Y ahora mismo, no hay gobierno revolucionario que no ponga en sus prioridades más urgentes la transformación educativa y las realizaciones culturales.

Idealismo misionero

Tomado su credo político como algo desfasado e insuficiente, para muchos resulta, además, ingenuo. Y es posible que lo sea en la medida en que la fe, la esperanza y el optimismo pueden serlo.

«Juan Luis», personaje de «La brizna de paja en el viento» —uno de tantos pergeñado con rasgos espirituales autobiográficos del propio Rómulo Gallegos—, expresa:

«De una manera general, soy creyente sistemático en la bondad y en la rectitud humanas.»

Así era el hombre Rómulo Gallegos. Además de «varón cabal, erguido ante la adversidad, tierno y viril, consciente de su obra y su destino abnegado», según Manuel Alfredo Rodríguez. Semblanza moral completada con la física: «huraño, cara hosca, modales reposados, palabra fácil».

Para juzgar su obra, hay que partir de lo dicho por él mismo:

«Yo escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitaciones de la angustia venezolana.»

El no se consideraba un escritor realista en sentido estricto. Más bien se juzgaba como un creador de arquetipos, de símbolos. Y lo es, prodigiosamente, de mitos humanos y hasta de mitos geográficos. ¿Quién puede despegar la imagen del llano, de la selva o de los incontables ríos y caños venezolanos de la recreación galleguiana en la que se funde, no sólo lo que son, sino lo que representan?

Su obra es un entramado de hombres, geografía, historia, tradiciones populares y destino colectivo, a los que envuelve en los irrenunciables ideales de libertad, igualdad y derechos humanos, trinidad que reduce a una sola esencia: educación.

Según uno de los máximos estudiosos de ella, Juan Liscano, puede ser calificada como «realista y poética, picaresca, descriptiva, costumbrista, folklórica, sociológica, psicológica y dramática.»

Y para el crítico argentino Héctor R. Lafleur, Rómulo Gallegos «tiene la vivaz y colorida pluma de Blasco Ibáñez y el idealismo misionero, constructor, de un Galdós.»

Su credo literario está impregnado de su credo político-social personal, constituyendo reiteradas constantes:

- Fustigamiento incansable del culto a la violencia, violencia que presta su aura al hombre-macho
- Proclamación de que contra la barbarie sólo cabe civilización. En esta idea, ya sostenida por Domingo Faustino Sarmiento, introduce un factor más constructivo. Para Sarmiento, hay que destruir la barbarie. Para Rómulo Gallegos, hay que canalizar, aprovechar, la potencia de la barbarie.
- Existencia de una relación interidentificadora entre civilización-cultura-educación-política. «Yo soy de los que creo que gobernar es educar.»
- La educación debe enraizarse en las esencias nacionales y, bien apoyada en ellas, enriquecerse con las aportaciones foráneas que no tienen por qué ser imitadas servilmente.
- Noble empresa pendiente: despertar el «alma dormida», individual y colectivamente.
- El único pecado que no puede perdonarse, que no tiene redención: el pecado contra el ideal.
- El mestizaje ha sido algo positivo para Venezuela. La violencia personal del hombre-macho se supera con educación; la violencia social se superará uniendo a los seres de distinta raza, cultura o condición.

El espíritu defendido en su obra no fue desmentido por su vida. En 1949, desde La Habana, hacía esta autojustificación:

«Yo hice mi experiencia de mí mismo, y a la rendición de cuentas de mis actos vengo sin arrogancias pero sin abatimientos: no tendré que arrancar de mi obra literaria ni una sola página donde me haya exhibido defensor de derechos, procurador de justicia y solicitador de bienestar y felicidad para mi pueblo, mientras en la oportunidad de la acción de todo eso me hubiese olvidado.»

Finalmente, en esta conmemoración del centenario de su nacimiento, es interesante recordar otra faceta muy importante del pensamiento de Rómulo Gallegos: su concepto integrador del americanismo.

Sean sus palabras de esperanza en el destino común de las naciones hispanas (expuestas en «La Alborada», marzo, 1909), el último homenaje a su memoria:

«La solidaridad de las ideas prepararía el terreno a la de los intereses de estas naciones hermanas; las alianzas comercial, militar y política vendrían después como consecuencia de esta alianza del pensamiento que, pulsando el alma americana haría ver ya no como una hermosa utopía, sino como una cosa realizable y de toda urgencia necesaria, la armonía de naciones, que apenas separadas por fronteras geográficas, parten de un mismo origen, son una sola raza y están llamadas a cumplir un idéntico destino.»

M.^a DE LAS NIEVES PINILLOS
Antonio Arias, 15, 7.º C
MADRID-9